

LA LLAMADA "NUEVA HISTORIA"

I - ANTECEDENTES

Una de las tendencias más pronunciadas en nuestros días es la de concebir a la Historia como una ciencia social. Se trata de una reedición —con algunas variantes— de la formulación que ya en el siglo pasado, enunciara el positivismo y que ha recobrado actualidad a raíz del desborde y convulsión que presentan las sociedades de la llamada era industrial.

Los orígenes de esta manera de concebir la historia los encontramos pues, en su primera versión, y en el plano de un primer intento de fundamentación teórica, a mediados del siglo XIX.

Aunque ya en el siglo XVIII, como lo señala Felipe Wolff¹, se insinúa este enfoque entre los pensadores e ideólogos de la Ilustración, especialmente en Voltaire en su *Ensayo sobre las costumbres*, es recién después de la Revolución Francesa y de la irrupción de la masa como fuerza histórica que se empieza a tener en cuenta el factor social como objeto de la reflexión histórica. Este hecho, unido a la Sociología naciente y a los esfuerzos del positivismo historiográfico para encauzar sobre bases científicas el conocimiento natural de las sociedades humanas, hicieron que el tema social tomara un relieve destacado en la consideración histórica hasta entonces dirigida prevalentemente hacia los hechos políticos y culturales.

En 1833 el historiador Michelet plantea en los primeros tomos de su *Historia de Francia* la necesidad de explicar la historia política teniendo en cuenta tanto las circunstancias sociales, económicas, industriales como las culturales. Pero es a raíz de la crisis de 1848 y desde la perspectiva del materialismo histórico for-

(1) WOLFF, Felipe. *L'étude des Economies et des Sociétés avant l'Ere Statistique*. En: *Encyclopédie de la Pléiade: L'Histoire et ses méthodes*, Bibliothèque de la Pléiade, Paris, 1961, p. 848.

mulado por Marx en que la historia económica, como fenómeno social de decisiva importancia en la historia, se convierte en objeto de una reflexión teórica².

La conocida tesis del materialismo histórico en su formulación inicial sistematiza un primer intento de investigación científica de la historia económica, en la que los hechos analizados se alinean según el esquema formulado por Marx y se clasifican de acuerdo a sus características de "progresivos" por su significado y contenido económico y social³.

El planteamiento formulado por Marx concitó el interés de marxistas y no marxistas promoviendo el estudio de lo social. En Alemania iniciaron estos estudios Karl Lamprecht, Karl Bücher, Stern y Werner Sombart, y el mismo Henri Pirenne formulado en el seno de esta escuela. Un diálogo "patético" y duro se entabla entre ellos. Diálogo que encuentra repercusión en Inglaterra en los trabajos de Sir William Ashley y en Francia en la obra de Emile Levasseur, en tanto que las tesis colectivistas e individualistas de la historia empiezan a ocupar gran parte de la producción historiográfica del siglo XIX.

A comienzos del siglo XX, mientras la Escuela Crítica Alemana de Leopoldo von Ranke impone la concepción científico—espiritual de la historia fundada en el método crítico—erudito, sustrayéndola así del tratamiento socializante y proclamando su autonomía frente a todo pragmatismo político, social, filosófico o teológico; y Jacobo Burckhardt por su parte, enriquece el método histórico—cultural, los pensadores sociales a su vez continúan sus esfuerzos y multiplican sus estudios en su intento de construir una ciencia histórica de lo social.

Dos grandes revistas comienzan a coordinar esfuerzos: en Alemania la "Zeitschrift für Social und Wertschaftsrechte" fundada en 1893 y la "Revue d'histoire des doctrines économique et sociale" (1908) en Francia. Tanto en una como en la otra sus colaboradores se unen a la crítica demoledora que Nietzsche formu-

(2) En su trabajo "El 8 de Brumario de Louis Bonaparte" ya plantea las bases de su concepción histórica: "... las luchas de clases en Francia han creado —afirma— las circunstancias y las situaciones que han permitido a un personaje mediocre y grotesco jugar un rol histórico". Cita de WOLFF en la Encyclopédie de la Pléiade, op. cit., p. 848.

(3) Es necesario destacar algunos enunciados esenciales de la teoría de Marx a fin de comprender por qué se constituye en precursor de este enfoque historiográfico. Según el esquema marxista la estructura económica subyacente fundada sobre los modos de producción determina las instituciones jurídicas y políticas, los hechos intelectuales, las creencias religiosas que se constituyen en una superestructura. Un análisis de esta estructura económica permite destacar una ley esencial: la importancia preponderante de la "lucha de clases", fenómeno que bajo formas diversas, siempre se manifiesta y tiende poco a poco a abolir la lucha entre el proletariado y la burguesía. Las fases de esta lucha multisecular se suceden según un proceso dialéctico de la historia. En cada fase el dominio de una clase es minado por contradicciones internas que provocan a fin de cuentas su destrucción. Los conflictos ideológicos no hacen más que despistar estas contradicciones y luchas, pero la victoria final del proletariado impondrá una sociedad sin clases, síntesis suprema hacia la cual se dirige el proceso progresivo de la historia. WOLFF: op. cit., p. 848.

lara de la "historia —crónica" en su conocida obra "*De la ventaja y utilidad de la Historia para la vida*" (1873).

En Francia se incorporan a la Escuela de Henri Berr y colaboran en la Revista de *Synthèse Historique* fundada en 1900, arremetiendo contra el academismo histórico atrincherado en las Cátedras y en los manuales y contra el "especialismo" sin visión de los eruditos alemanes.

De este sector de historiadores sociales surgen dos nombres significativos: *Marc Bloch* y *Lucien Febvre*, que en 1929 fundan en Estrasburgo una Revista titulada "*Annales d'histoire économique et sociale*"⁴. Logran aglutinar un conjunto de jóvenes historiadores que se lanzan a la investigación de la realidad socio-económica y ensayan los primeros métodos cuantitativos que luego perfeccionaría la generación siguiente. Entre ellos se destacan Ernesto Labrousse —adjunto a Bloch en la Sorbona— Jacques Droz que sigue a Febvre, Georges Lefefre, Francois Simiand, Louis y Francois Chevalier, Charles Morazé, Paul Leuilliot, etc. De todos ellos se destaca especialmente el joven Fernand Braudel que se constituyó en uno de los seguidores más fieles de sus maestros, especialmente de Lucien Febvre.

En el Congreso Internacional de Historia celebrado en París en 1950 los seguidores de esta escuela pusieron sobre el tapete sus aspiraciones de construir una *Nueva Historia sobre bases económicas* enfrentándose así a la Escuela Política tradicional encabezada por los continuadores de la Síntesis Histórica y Evolución de la Humanidad de Henri Berr que proponía centrar la síntesis social en los factores políticos y culturales.

En esa oportunidad los cultivadores y especialistas de la historia económico-social que, hasta entonces habían venido haciendo una historia económica descriptiva y francamente estadística, con algunas investigaciones interesantes sobre los episodios de "despegue" y "crecimiento", plantearon la necesidad de una alianza de la historia con todas las demás ciencias sociales y especialmente con los economistas.

A partir de esta época la historia económica francesa franqueó otra etapa. En esa oportunidad demostró —afirma Pierre Vilar— la posibilidad de una *historia cuantitativa*, de reconstrucción estadística segura de períodos de muy larga duración. La tentación por la economía dominó a los historiadores y la tentación por la historia, alcanzó también, a economistas y sociólogos.

Desde entonces los análisis y conclusiones que vienen realizando los investigadores de las llamadas Ciencias del Hombre, han promovido dentro de la teoré-

(4) En 1939 pasó a llamarse "*Annales d'histoire sociale*"; en 1942 "*Mélanges d'histoire sociale*" y en 1946 "*Annales. Economies Sociétés, Civilisations*". Actualmente se la conoce con el nombre de "*Les Annales*".

tica histórica ciertos intentos de sistematización metodológica integralista de esfuerzos de investigación. Pero en realidad, todavía no podemos contar con la formulación de un estatuto gnoseológico y una unificación metodológica bien clara y definida. Sólo tenemos enunciados, objetivos, planteamientos y una diversidad de quehaceres en los que cada historiador propone su propio instrumental metodológico.

Por eso nos proponemos hacer una especie de clarificación de los enunciados y objetivos comunes de los seguidores de esta corriente, *dejando de lado sus variantes ideológicas y sus adscripciones o rechazos, más o menos declarados a la metodología del materialismo histórico, que se constituye sin duda alguna en fuente inspiradora —directa o indirecta— de este enfoque historiográfico.*

“aquí hay que inculpar al marxismo, que, de la forma difusa y a menudo bastardeada con que tan hondamente se ha infiltrado en la mentalidad común de nuestros contemporáneos, ha contribuido mucho a replantear el problema de la historia en los términos apropiados a la época de 1848 o incluso de 1830”⁵.

II — ENUNCIADOS Y PROPOSITOS GENERALES

Como dijimos anteriormente, este enfoque se presenta en nuestros días como un fenómeno de civilización que, partiendo de las más distintas fuentes de origen, converge hacia una concepción integral de la historia que aspira ser construida sobre la base de una *ciencia social global*.

Señala juntamente con otras corrientes historiográficas de nuestro tiempo, un enjuiciamiento a la concepción genética que formulara el pensamiento histórico del siglo XIX y replantea el valor y la utilidad de la historia como actividad intelectual válida para la conciencia histórica del Occidente en crisis.

Tiene su motivación en la problemática socio—económica y en los desbordes de los fenómenos colectivos que dominan y rebasan los moldes institucionales tradicionales.

Se trata pues de una manera de considerar a la Historia a la luz de las exigencias que plantean las convulsionadas sociedades contemporáneas.

“Nuestra época es demasiado rica en catástrofes, en revoluciones, en imprevistos, en sorpresas —afirma Braudel— la realidad de lo social, —continúa— la realidad fundamental del hombre, nos parece nueva; y, se quiera o no, el viejo oficio de historiador no cesa de retoñar y florecer en nuestras manos”⁶.

(5) MARROU, H. I., *El conocimiento histórico, Introducción*. Editorial Labor S. A., Barcelona, 1968, p. 17.

(6) BRAUDEL, Fernando. *La Historia y las ciencias sociales*, Madrid, Alianza Editorial, 1968, pp. 21—22.

El resultado de esta inquietud se traduce en el campo de la Historia práctica en un cúmulo de trabajos que, giran en torno a la investigación de estos fenómenos colectivos: las economías, las instituciones, las sociedades y asociaciones, las civilizaciones, son temas que atraen y apasionan a los nuevos historiadores.

“La mayor y más rigurosa parte del trabajo historiográfico —afirma Maravall— y, sobre todo, aquella labor de historiadores que más vivo interés despiertan están constituidas por las investigaciones del crecimiento de las sociedades contemporáneas”⁷.

La llamada “sociedad dinámica” de nuestro tiempo, caracterizada por sus transformaciones bruscas y su acelerado ritmo progresivo ha tenido como consecuencia promover esta actividad en busca de una historia que de respuestas y soluciones a los inquietantes problemas que se viven en nuestro tiempo. Hoy más que nunca se pulsa en el campo de los estudios históricos, el tema de las historias nacionales como una preocupación vital asociado ahora a los problemas del desarrollo económico y social.

“Desde la primera guerra mundial, —nos dice Braudel— los acontecimientos nos han largado con violencia hacia lo más profundo de nosotros mismos y, hacia los problemas cruciales de la historia. Ocasión ésta para apiadarnos, sufrir, pensar, volver a poner todo, forzosamente en tela de juicio. Además, —se pregunta— ¿por qué habría de escapar el arte frágil de escribir historia de la crisis de nuestra época?”⁸.

Como se puede apreciar, hay en estos historiadores una actitud demoledora con respecto a los cánones tradicionales que han regido el saber histórico y un trastocamiento fundamental del concepto de la Historia. Consideran que las construcciones históricas elaboradas en el siglo XIX habían forjado una imagen fría y desvitalizada del acontecer, en la que los hechos desnudos ensamblados con “habilidad de picapedreros” construyeron un edificio racional de la Historia, que no daba cabida al presente vivo enraizado profundamente en el tiempo y en la vida. La “realidad histórica” ha respondido de otra manera —nos dice Pierre Vilar—: “La guerra mundial, el brinco de la producción norteamericana, el descubrimiento atómico, el de los antibióticos, la doble revolución demográfica (de la natalidad en los países más evolucionados, de la mortalidad en los demás), por último, con el triunfo de nuevas relaciones sociales en la tercera parte del mundo, con el despegue de la agricultura china, la electrónica, y la automatización, y, para terminar el ingreso a la era espacial. El crecimiento humano, con sus saltos, sus vacilaciones, sus desigualdades, sus conflictos, dependen pues de un análisis histórico

(7) MARAVALL, José Antonio. *Antiguos y modernos. La idea de Progreso en el desarrollo inicial de una sociedad*. Madrid, Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1966, p. 4.

(8) BRAUDEL, Fernando. *La Historia y las ciencias sociales*. . . op. cit., p. 20.

global" 9.

Con los lemas "la Historia es el hombre" y, es necesario una "nueva historia para un nuevo mundo", se intenta reconstruirla partiendo de la problemática presentista en conexión a un pasado que la explique.

La primera aspiración que anunciaron los fundadores de esta corriente (Lucien Febvre y Marc Bloch) fue la de sustraer el acontecer histórico de su movilidad racional y objetiva para ponerlo en una especie de circulación vital que captara —al decir de Américo Castro— "la actividad funcional del vivir de cada pueblo" en base a un conocimiento integrado y sistemático de la vida humana.

Para ello propugnaron una especie de libre examen de los hechos del pasado que rompiera con los compartimientos estancos de un saber fragmentado y disociado sobre la realidad acontecida. Y "como la realidad fundamental del acontecer humano es la vida social de los pueblos" —nos dicen—, "sólo la convergencia de todo el saber acumulado sobre los hombres, nos develaría esa realidad". "Los hombres —afirma Febvre— son los únicos objetos de la historia, de una historia inscrita en el grupo de las disciplinas humanas de todos los órdenes y de todas las categorías" 10.

Una explicación integral de la vida histórica nos mostraría a los hombres integrados en la tierra forjando sus propios mundos, en sus múltiples funciones y aptitudes, con preocupaciones y actividades variadas, confundidos y empeñados en el común quehacer, sentir, querer y pensar que impulsa y anima la vida de las comunidades humanas. "La que fue antaño ciencia de los hechos, ahora no es sino un estudio científicamente conducido de las diversas actividades y de las diversas creaciones de los hombres de otra época, en el cuadro de sociedades diferenciadas en extremo y no obstante, comparables unas con las otras" 11. (pluralismo cultural)

Claro que para emprender esta tarea se requería "sobrepasar los métodos habituales, no conformarse con las falsas perspectivas de la Historia tradicional y buscar en el movimiento entero de la vida lo que cambia lentamente, lo que va atando y desatando, unas veces con demasiada rapidez y otras con demasiada lentitud" (Braudel).

Como se ve "uno de los supuestos teóricos de esta escuela —comenta Caste-

(9) VILAR, Pierre. *Crecimiento económico y análisis histórico*, trabajo presentado en la Primera Conferencia Internacional de Historia Económica, celebrada en Estocolmo en 1960. Publicado y traducido por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Buenos Aires, p. 9.

(10) FEBVRE, Lucien. *Combatte pour l' Histoire*, Paris, 1953, Colin E., pp. 31-32.

(11) FEBVRE, Lucien. *Vivre l' histoire, Mélanges d' histoire Sociale*, Paris, 1943, p. 6.

llan— y no el de menor importancia es el que descansa en la necesidad de establecer una interrelación entre las ciencias sociales. En el caso que nos ocupa debemos decir que esa interconexión se reveló de hecho mucho más amplia en cuanto estableció un fecundo cruce entre todos los campos de las ciencias sin distinción” 12.

En efecto, al establecerse esta interrelación, la historia social no podía prescindir ya de todas las disciplinas que de alguna forma u otra estudian al hombre en sus manifestaciones colectivas; ni las Ciencias del hombre de la Historia, porque el fin de éstas es alcanzar un conocimiento científico de los comportamientos humanos en el decurso de cierto tiempo y en determinados espacios.

Además como estas ciencias aspiran a la formulación de leyes, éstas no pueden ser más que “leyes históricas”, es decir fundadas en “casos” históricos concretos. “Las predicciones a largos plazos sobre el acaecer social únicamente pueden ser logradas mediante el conocimiento del desenvolvimiento de la humanidad en el sentido de la historia y están marcadas por las tendencias del curso de la realidad histórica” 13.

Por su parte la historia ya no podría permanecer al margen del avance técnico y metodológico empleado especialmente en la investigación de los fenómenos socio—económicos contemporáneos, para realizar a su vez el análisis retrospectivo de esa misma realidad.

Acorde a este postulado interdisciplinario, esta corriente se adscribe a la nueva teoría de las ciencias o a la llamada Teoría de los conjuntos, y encuentra en la lógica estructural el camino para la formulación de sus criterios metodológicos. “Si la física y las matemáticas desarrollando conceptos como los de “campos”, “grupos”, “conjuntos”, “redes” y “matrices” habían establecido nuevas unidades complejas para el examen de sus materiales, las ciencias sociales debían tomar noticias y no podían seguir asidas a sus viejas concepciones de lo singular identificado con lo individual” 14.

Se desarrolla así la noción de “estructura” que del campo de la Economía, la Sociología, la Psicología y la Política, pasa luego a la Lingüística y a la Historiografía.

Con esta teoría se barre con el cuadro epistemológico tradicional y se salta sobre las barreras entre ciencias físico—matemáticas y culturales.

(12) CASTELLAN, Angel A. *Una nueva dimensión historiográfica*. Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires, 1969, p. 47.

(13) KAUFMANN, Félix. *Metodología de las Ciencias Sociales*, traducción de Eugenio Imaz, México, F. C. E., pp. 253 y sgtes.

(14) CASTELLAN, Angel A. *Una nueva dimensión historiográfico*, . . . op. cit., p. 47.

En el campo de la Historia lógicamente introduce una inversión en el planteamiento gnoseológico. Los hechos individuales, únicos e irreiterables dejan de ser objeto del conocimiento histórico. Lo singular no radica en los hechos sino en el conjunto relacional de hechos. Los acontecimientos individuales no "se suceden" en virtud de un principio de causación lineal, sino que se interrelacionan funcionalmente formando una unidad de comprensión. En consecuencia el punto de partida de la investigación histórica no son los "documentos" ni las demás fuentes. Estos elementos pasan a ser material de corroboración o verificación de las hipótesis de investigación que el historiador formula una vez que ha captado o descubierto un conjunto coherente de realidades humanas.

No menos "novedoso" resulta también el planteamiento que se formula con respecto al tiempo histórico. La continuidad histórica fundada en el principio conectivo de relación lineal según la cual los hechos concatenados y en virtud de su permanencia virtual vertebran un proceso evolutivo y orgánico, pierde vigencia para esta "nueva historia".

Se considera que esta "organicidad" de la historia es artificiosa y de dudosa legitimidad porque no hace más que transportar lo individual empírico (de breve duración) al plano general o universal reduciendo al presente en un "instante" que se diluye en el torrente universal de hechos que simplemente son momentos fugaces de la realidad.

A fin de rescatar la plasticidad vital del presente se formula la teoría de la larga duración con sus diferentes ritmos y velocidades. El análisis de las estructuras vigentes revela —según esta corriente y de acuerdo a lo que demuestran los métodos estadísticos y matemáticos— que estos organismos están dotados de movimientos propios, más o menos regulares, con ciertas tendencias y fluctuaciones típicas, más o menos constantes, que acusan ritmos y duraciones perfectamente determinables.

"No existe un tiempo social de una sola y simple colada —afirma Braudel— sino un tiempo susceptible de mil veleidades, de mil lentitudes, tiempo que no tiene nada que ver con el tiempo periodístico de la ciencia y de la historia tradicional. El tiempo que nos arrastra, arrastra también —aunque de manera diferente— sociedades y civilizaciones cuya realidad nos sobrepasa porque la duración de sus vidas es mucho más larga que la nuestra y porque los jalones, las etapas, hacia la decrepitud nunca son las mismas para ellas y para nosotros" 15.

Mientras los economistas y los sociólogos se empeñan en encontrar el ritmo y la duración de las fluctuaciones de los fenómenos socio-económicos de la es-

(15) BRAUDEL, Fernando. *La Historia y las Ciencias Sociales*, . . . op. cit.

estructura, los historiadores se preocupan por el análisis de la movilidad profunda, lenta y masiva de toda la estructura social. De ahí que para esta escuela el tema de las "civilizaciones" sea uno de los más significativos y el que globaliza y coordina los momentos de todo el sistema social. Tema gigantesco y de suma complejidad pero que se constituye en la misión máxima de la Nueva Historia.

La historia social es una historia —nos dicen— lenta en deformarse y por consiguiente en ponerse de manifiesto a la observación. Las sociedades, las civilizaciones, las economías y las instituciones políticas viven un ritmo lento, pero es necesario abordar estas realidades en sí mismas y para sí mismas.

Realidades que los historiadores de ayer —reconoce Braudel—, no han ciertamente ignorado, pero que salvo excepcionales precursores, han considerado con excesiva frecuencia, como tela de fondo para explicar —o como si se quisiera explicar— la obra de individuos excepcionales en torno a los cuales el historiador se mueve con soltura. El "personaje" en esta concepción en cambio, cede paso al hombre medio. Ya no interesan "ciertos hombres" sino todos los hombres en su quehacer común de acuerdo a sus mentalidades, sentimientos, e impulsos creadores. Los "grandes hombres" y los acontecimientos históricos "realmente" significativos son fenómenos epigonales y "rarísimos dentro" del "mar social". Son tan raros como fugaces son sus vidas y duración.

"No cabe duda —afirma Braudel— en la medida en que vemos gobernada y constreñida por mil fuerzas colectivas, no pocas veces silenciosas y a menudo apenas entrevistadas por quienes sufren su opresión, el hombre se nos revela menos libre que al historiador de ayer que, reconozcámoslo, concedía un papel demasiado hermoso, pues se inclinaba demasiado a creer en "los grandes hombres" 16.

Entendida pues la historia según estos enunciados como ciencia social, se convierte en una ciencia del presente que se fundamenta en el estudio del pasado. Por lo general se la define como un conocimiento que abarca tanto el pasado como el presente, de lo devenido y del devenir; que estudia y distingue "cada tiempo histórico", ya se trate de ayer o de hoy, tratando de establecer por un lado aquello que perdura, que se ha perpetuado con energía, y por otro, aquello que no es sino provisional y hasta efímero 17.

III — COMENTARIO CRITICO

Este revolucionario y ambicioso enfoque de la Historia, que atrae y apasiona en gran medida a las nuevas generaciones de historiadores y que, en algunos paí-

(16) BRAUDEL, Fernando. *La Méditerranée et le Monde Méditerranéen à l'époque du Philippe II*, Paris, Armand Colin, 1949. Traducción de Wenceslao Rosas, México, F. C. E., 1959, 2 vols., p. II, p. 584.

(17) BRAUDEL, Fernando. *La Historia y las Ciencias Sociales*, ... op. cit., p. 130.

ses ha tomado la delantera en la producción historiográfica, está realizando —justo es reconocerlo— estudios serios y análisis científicos interesantes dentro de la compleja trama de los hechos socio—económicos que estudia.

Indudablemente nadie puede impugnar desde el punto de vista metodológico el rigor de sus métodos de trabajo y las afinadas técnicas que utilizan; como tampoco se puede dejar de reconocer las sugerentes conclusiones que aporta, en la medida que son interpretadas con criterio histórico y no en función a determinadas doctrinas económicas o sociales.

Además, cierta carga de legitimidad en sus aspiraciones, algunos aciertos en sus realizaciones, un cúmulo fecundo de incitaciones y no pocas apostillas justas de sus planteamientos, explican y justifican el interés que despierta entre los estudiosos de la historia.

Por lo pronto, en su etapa inicial, su prédica y denuncias contra las pautas “racionalistas” e “idealistas” de la historiografía decimonónica; o contra las historias políticas unilaterales, o bien contra el espezialismo estrecho de los eruditos, sirvieron —unidos a los reclamos de otras escuelas— como un llamado de atención y contrapeso para apurar las etapas del monografismo, corregir enfoques en el cultivo monopolítico y ampliar e integrar los campos de la investigación de la historia integral.

Estos campos olvidados o descuidados en gran parte por la historia tradicional —las economías y las sociedades—, trabajados ahora con esmero y precisión por esta escuela (en sectores circunscriptos) han fructificado en estudios muy interesantes para la historia económica: estudios que ofrecen un material aprovechable para una ajustada interpretación histórica.

Pero este material muy necesario por cierto, no constituye *toda la historia* como se pretende. Si bien hay que tomarlo en consideración, no menos hace falta comprobarlo con los otros sectores de la investigación porque por sí solo no basta para una cabal comprensión de los acontecimientos históricos.

Todo buen historiador adiestrado en un pensar histórico, conocedor de la extrema complejidad de la realidad histórica y dueño de una rica experiencia de vida y un profundo conocimiento del hombre, sabe, por su erudición, talento y cultura, que hay “fenómenos” que escapan a toda ponderación cuantitativa y que rebasan los moldes de “las estructuras”.

La Filosofía “no es exterior al mundo” ha dicho acertadamente Marx, pero en la misma medida que hay que conocer el mundo para conocer su filosofía hay que penetrar también en el conocimiento de esa filosofía para conseguir el conocimiento del mundo. Y “aunque aceptáramos la concebida división de infraestructura y superestructura —aclara Maravall— tendríamos que reconocer que si ésta

es condicionada por aquélla, no menos es condicionante ésta de aquélla" 18.

En cuanto a los fundamentos lógicos y objetivos últimos que sustenta y proclama esta nueva historia —aunque discutibles en sus aspiraciones totalizadoras— abren sin embargo, la posibilidad de una aventura más para la reflexión del pensamiento histórico —como lo prueban los trabajos teóricos que inspira— a la vez que promueve el diálogo e inquieta al espíritu histórico de nuestro tiempo. El saber histórico como todo saber humano es susceptible a un enriquecimiento y perfección de su contenido y a un mejoramiento de medios y métodos para alcanzar la verdad.

Pero ya se ha visto, elaborar una teoría que tenga en cuenta, pondere y explique con toda certeza todas las interrelaciones que se establecen entre los factores que intervienen en la vida histórica, ha sido y será siempre una ilusión más de la teórica histórica. Ilusión que se hace ahora más acuciante y compulsiva ante las presiones del estructuralismo científico contemporáneo.

El gran "hallazgo" de esta escuela es haber descubierto que la "organicidad" de toda la vida histórico-cultural está centrada, encauzada y dirigida por la dinámica intrínseca de la "estructura socio-económica" que se presenta como un campo perfectamente explorable por brigadas de científicos. Las "Ciencias del Hombre" entonces nos "develarán" y nos "garantizarán" un conocimiento cierto, concreto y legal de las sociedades humanas en la multiplicidad de todas sus manifestaciones y comportamientos y un conocimiento cabal del hombre de "carne y hueso".

Como aspiración no deja de ser una gran tentación, por supuesto, pero como empresa realizable no deja de plantear algunos interrogantes y de despertar algunas dudas y resquemores.

Este afán de recuperar "lo realmente vivido"; de verificar el sentir, el querer, el pensar y el obrar de cada pueblo, de cada comunidad y de cada sociedad devenida y en función a "su tiempo", plantea la siguiente cuestión.

¿Cuántos "casos" de vida habría que analizar —y expresar ecuacionalmente como se aspira— para descubrir qué cosa es la vida histórica y cuáles son las leyes que rigen su desarrollo y crecimiento? . . . Descubiertas las leyes que rigen la dinámica profunda de la vida, ¿qué papel juega la libertad del hombre en este crecer de la vida que lo arrastra, lo constriñe o lo impulsa con sus movimientos de larga, corta y media duración? . . . ¿No se llegará por este camino de compaginación científica de bases empíricas a un falseamiento, a una imagen confusa y deformada, de ese hombre concreto y de esa vida plena que con tanto margen de seguridad se quiere recuperar? . . .

(18) MARAVALL, José Antonio. *Antiguos y modernos. La idea del progreso en el desarrollo inicial de una sociedad*, . . . op. cit., p. 19.

En otro orden de cosas y en las cuestiones que en realidad interesan directamente al historiador práctico, es necesario recalcar algunas cuestiones que hacen específicamente al oficio del historiador y que difícilmente pueden ser comprendidas y aplicadas por economistas y sociólogos, porque requieren una formación y una experiencia de largos años de búsqueda e investigación históricas.

Es cierto que el bagaje crítico—erudito no es historia y que la mera crónica de los hechos no agota el conocimiento histórico. . . , pero lo que nadie podrá discutir es que sin documentos ni crónica no hay Historia.

Toda construcción que no se base en una ceñida discriminación de las fuentes y que salte olímpicamente sobre los hechos, *será cualquier otro saber, sea cual fuere el nombre que ostente, llámese Antropología Cultural o Social, o Sociología Histórica, pero no podrá abrogarse el título de Historia.*

La historia propiamente dicha es otra cosa. Se trata de una vieja y noble rama del saber que nunca ha pretendido erigirse en una ciencia globalizadora de la vida humana. Todas las teorías que desde el siglo XIX hasta nuestros días se han venido formulando sobre ella son sólo puntos de vista, concepciones más o menos interesantes y en algunos casos muy fecundas y esclarecedoras, pero ninguna de ellas puede abrogarse la exclusividad para un conocimiento completo del pasado humano, ni constituirse en la llave maestra para la total explicación del devenir humano.

Las aspiraciones del conocimiento histórico son más modestas pero no por ello menos fáciles ni menos exigentes que cualquier otro saber científico. Su ámbito específico es la preteridad y el objeto de su quehacer es alcanzar la verdad sobre lo acontecido, mediante un esfuerzo intelectual sistemático, metódico y riguroso. Los acontecimientos humanos tanto individuales como colectivos centran su interés, siempre que éstos se destaquen o perfilen, por su especificidad y gravitación sobre un fondo de uniformidad o generalidad.

Su material de estudio son los "documentos" en el sentido amplio de la palabra. Para el historiador el documento —una vez identificado y sometido a una fijación crítica— posee siempre un contenido propio perceptible para todos los hombres y una validez concreta en la cuestión a que se refiere.

Son "testimonios" que sólo una mente experta y adiestrada en la materia, sabe descifrar e interpretar y completar a la luz de una lógica desprendida de la convergencia documentaria. Convergencia documentaria que arrastra un margen "no factual" imponderable pero implícito que sólo el historiador avezado sabe descubrirlo. Este margen "no factual" es precisamente el que señala la especificidad y singularidad del acontecimiento dentro de un marco tiempo—espacial de dimensión y duración variables. Este elemento abstrativo que emana de la información documentaria inteligentemente seleccionada y tratada con rigor crítico, es lo que la Nueva historia llama "figura" o "estructura histórica", que no emergería co-

mo hipótesis sin ese punto de partida que está como impreso o implícito en los testimonios. Por eso la Nueva Historia, no puede desdeñar ni prescindir del viejo oficio del historiador que es el único que puede esclarecer y completar con criterio histórico las lagunas o hiatos que crea, en muchos casos, la insuficiencia documentaria.

Cuando el historiador profesional se aboca al análisis de los acontecimientos testimoniales, sin ser economista sabe por su preparación cultural, mental y especial que las comunidades humanas no han madurado en un mundo de ideas desprendidas de todo contacto con la realidad y no desconoce la incidencia de lo económico en la historia, pero no lo considera como una ley o en función a una teoría económica, sino precisamente como un factor cuya gravitación o incidencia tiene que descubrir en cada gran acontecimiento.

Sin ser sociólogo tampoco niega la participación del conjunto humano organizado en las creaciones colectivas, pero no puede concederle el monopolio ni la exclusividad en la dirección de los destinos históricos, porque la misma historia le demuestra los cambios sorpresivos y los virajes inesperados que los grandes hombres y las minorías dirigentes han impreso en la vida histórica de los pueblos. Conoce las ilusiones, ideales y aspiraciones de las masas, como también sus codicias, amores y temores. No niega su presencia y, a veces, sus efectivas participaciones en la historia pero también descubre los liderazgos que la impulsan y la guían.

La sociedad no es para el historiador un ente dotado de alguna forma de existencia aparte de los miembros humanos que la componen. Considera que no hay un ser colectivo independiente y autónomo con respecto a un ser individual, sino que sólo existen, sociológicamente hablando, individuos humanos naturalmente sociables.

Entendida la sociedad como un conjunto humano organizado, nadie puede negar entonces, la libre e intrínseca vocación de todos y cada uno de los hombres para construir su propio destino individual y social. Destino sujeto a limitaciones y condicionamientos ambientales y temporales, por cierto, pero superable por el ejercicio de la originalidad creadora. Los hombres extraen de la realidad, las soluciones para transformar esa misma realidad.

Por eso ni las estructuras son las fuerzas *fatalmente* dominantes de la historia, ni las economías determinan *necesariamente* el modo de vivir y de pensar de cada pueblo. No es necesario apelar a ninguna teoría de la libertad para demostrar que la historia no es más que el progreso de los hombres sobre sí mismos, sobre la naturaleza y sobre todas las tensiones estructurales que se les presentan o se les hayan podido presentar. Por eso la libertad del hombre no recomienza la historia en cada instante, o en cada presente, sino que la prosigue gracias a su ininterrumpido operar creador.

Por la misma razón tampoco la vida y la tierra trazan para siempre el modo de vivir de cada pueblo. Por eso la vida humana es historia y no simplemente vida, es vida cualificada por las experiencias y las ganancias culturales que los hombres por su libre voluntad jalonan en el tiempo y en el espacio.

IV - CONCLUSION

Según estos criterios cabe señalar lo que en nuestra opinión define a la historia como un saber autónomo, *independiente* de las llamadas Ciencias del Hombre que convierten a la historia en un *método* para su praxología o ciencia de los comportamientos y actividades humanas; o de la Historia Social que aspira a hacer una historia de la civilización contemporánea centrada en el desarrollo y crecimiento de las estructuras socio-económicas (escuela francesa), o bien en el estudio comparativo de las unidades o áreas tempo-espaciales (escuela norteamericana).

Pero ya lo dijo el mismo Max Weber, quizás uno de los sociólogos que con más lucidez y penetración nos ha dado una Sociología de la Cultura: "en cuanto a una Historia Universal como Sociología no hay nada que objetar. Pero tal Sociología —aclara— no es precisamente Historia ni Filosofía de la Historia, sino una ciencia generalizadora auxiliar de ambas, muy aleccionadora pero aún muy poco desarrollada" 19.

Por eso mientras la Historia no renuncie a su campo específico y se mantenga en la función que dentro del ámbito de la Cultura le corresponde, siempre se caracterizará por ser:

1) Una disciplina rica en largos siglos de experiencia. Desde Heródoto hasta nuestros días —y sea cual fuere la forma como se la haya cultivado— ha tenido como objeto el pasado humano y como misión averiguar la verdad de lo acontecido.

2) El centro de gravedad de la historia pues, recae en los sucesos concretos, en tanto que los futuros generales de la vida humana no atañen a su interés inmediato y sólo tienen el valor de premisas o direcciones probables, pero nunca se constituyen en objeto del conocimiento histórico. La llamada "Historia prospectiva" y la planificación del futuro, son estudios que escapan a su órbita.

3) En cuanto al estado de cosas existentes, si bien no son ajenas a su interés sólo podrá opinar sobre ellas como político, sociólogo, geógrafo, economista, ideólogo o pensador, pero nunca esa opinión será un "juicio histórico". La carencia de una perspectiva temporal y la falta de una decantación de los acontecimientos impiden una ponderación y apreciación real y completa de los sucesos dentro de la intrincada trama en que se produjeron.

(19) WEBER, Max. *Obras Completas*, T. III, p. 174, cita de Joseph Vogth, en *Concepto de la Historia*. . . Madrid, 1971.

4) La primera ley que se le impone al historiador de oficio es decir y demostrar lo que sabe fehacientemente y luego exponer lo que él cree verdadero. Para juzgar la verdad de un suceso y determinarse a creerlo o no, el historiador no lo considera al desnudo o en sí mismo, sino en la trama y contexto que lo implica. El juicio histórico no puede abrogarse nada que no pueda demostrar con elementos extraídos del evento mismo, de los testimonios que dan fe sobre el mismo y de las circunstancias epocales en que se produjo.

5) Para ello dispone de un método progresivamente perfeccionado a través de una larga utilización que ha permitido elaborar un conocimiento reconocido como válido por la crítica y el pensar histórico. Este método fundado en la eurística, en la crítica y en la interpretación cuenta con un conjunto de procedimientos y técnicas inspiradas en principios lógicos y racionales.

6) Sin embargo, la Historia como todo saber humano es susceptible de un continuo enriquecimiento y de un perfeccionamiento de los medios y recursos para esclarecer y ahondar en profundidad los campos que estudia o investiga. De ahí que no puede permanecer al margen del adelanto, acrecentamiento y aportaciones de otros saberes subsidiarios que le permitan una mejor y ajustada intelección de los temas que selecciona y enmarca en el tiempo y el espacio.

Prof. Rosa M. Zuluaga.

